

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 6

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

EL LOCO DEL PAÍS

De los que hemos vuelto a España, yo soy de los que han vuelto a pie. Me habían llevado a pie, convaleciente de mi herida en la retirada, en la larga fila junto a la carretera, cargados de maletas y de atados que íbamos abandonando en el camino, sin saber que a la vista de los Pirineos, recién el más largo camino me esperaba. Me había visto a mí mismo en sueños muchas veces en ese instante: mis padres lloraban mirando hacia atrás, pero yo, apenas un muchacho no quería volverme. Iba más que herido, derrotado. Ya me volvería, ya volvería, me repetía, tropezando; y muchas veces me lo dije, despertando. Pero cuando por fin llegó la hora de hacerlo, el tiempo del regreso, los huesos se me helaron en ese mismo paso, o en uno idéntico; solo que no había abismos en torno, como antes, sino la triunfal autopista y una fila de coches alemanes. Pero yo no era parte de esa jauría de verano, yo era parte del pasado.

Crucé el paso fronterizo con el corazón en la boca, con el pasaporte en la mano. Vi al frente la otra fila, la de los españoles que salían, pero entre una y otra me di cuenta de que yo no tenía ya lugar. Allí mismo, en la frontera, no tenía ya memoria, y mi pasado había sido borrado, rehecho, vuelto a nombrar. La frontera me volvía irreal, siendo ese mi único tramo real. Ni siquiera mis padres muertos estaban enterrados de este lado. El que se va, pensé, es alguien, pero el que regresa, no es nadie. ¿Y cómo podría exigirle a los de ahora devolverme lo que he perdido? No hay nada mío que yo venga a reclamar. Cuarenta años después, cruzando la estación aduanera, el viejo que soy rehace el camino que ya no le queda.

Por eso, cuando en el diario *El País*, donde había empezado a colaborar con una columna sobre economía, me dieron un trabajo, un lugar, quise creer que el presente me recuperaba; y que en esta actualidad española que yo había elegido un periódico era el mejor espacio transitivo. Allí yo no necesitaba de un pasado, y ya que carecía de cualquier futuro, al menos podía sobrevivir el día de hoy, este transcurrir apasionado, hecho de nombres que se disputan la letra impresa como animales contentadizos que viven sin memoria en una página que mañana se borrará sin drama. En América había yo trabajado en toda clase de publicaciones efímeras, intentando dar claridad al tema económico del día, pero en

Madrid vivir en un periódico, ser parte del diario debate por hacer que las palabras respondan por las cosas, esa ilusión dolorosa de mi juventud, era un modo de respirar mejor, de caminar mejor en esta ciudad plácida que tampoco era mía.

Cuando nadie me tomaba más por un recién llegado, empecé a leer las laboriosas confesiones de los exiliados que al retornar abrían el cofre de la memoria, y estaban llenos de ellos mismos, de una urgencia confesional, dilatada y celebrada. Un domingo, leyendo mi propio periódico tuve la nítida, alarmante impresión de que perdía, de pronto, también mi frágil presente: tanta evocación del pasado parecía demandar mi suerte en el presente, arrojándome de mi escondite, reclamando de mí la memoria que yo olvidaba. Del pasado llegaban ellos, con la autoridad sin duda ganada y merecida de sus saberes, pero aquí estaba yo, sin nada que decir de mí mismo, aferrado a mi larga frecuentación de la derrota, sin otro lugar en esta España que la precedera letra del día. Tal vez yo era un fantasma, temí, sin otra identidad que su zozobra entre los demasiado vivos.

Es fácil ser alguien, me repetía, abriendo las cortinas de mi habitación, desde donde se adivina el verdor del Retiro bajo la luz tierna de un verano que empieza; es fácil alzar la voz, firmar rotundamente, ser llamado y responder. Más difícil es caminar las populosas avenidas sin reconocerse en nadie, sin recordar una puerta, un nombre. No niego a los otros, pregunto por mí.

Viví la fácil camaradería del periódico sin demandas ni esperanzas, cumpliendo mis tareas, inventándome otras, dando siempre más material del que podían publicarme. Me tomaban por un experto, por esa reliquia del periodismo que es un estudioso sin estudios; y hasta una vez alguien me preguntó si yo había dictado cátedra en América. Pero yo era un enigma más bien doméstico, otro exiliado desconocido que retorna, seguramente por razones sentimentales, y morirá maldiciendo en voz alta.

No sé cuando ni como conocí a Alberto Otero. Sé que estaba siempre allí, en la sala de redacción, hablando indistintamente en un susurro; yo le había tomado por otro de los viejos periodistas, aunque ignoraba su función. Recuerdo, eso sí, haberle visto escribiendo hasta tarde, largamente, lo que supuse eran informes inactuales. El hecho es que un sábado, ya tarde, se aproximó a mí cubículo, se sentó en una silla y empezó a hablarme, ahora no sé de qué; pero yo andaba enredado en unas contradictorias estadísticas del paro, y no tuve tiempo ni ganas de seguir su charla. Las conversaciones en una redacción son como fragmentos interrumpidos sin consecuencia, y se puede retomar una o abandonarla sin pena. Alberto Otero me pareció un maestro de este estilo al mismo tiempo apasionado y deshilvanado de charlar, que en su caso no requería siquiera la palabra del oyente, ya que él era muy capaz de tomar mi silencio por una frase, una mirada por una afirmación y un suspiro por un párrafo. De ese modo,

Otero adquirió la costumbre inofensiva aunque a veces inoportuna de sentarse a mi lado y conversarme de una u otra cosa, siempre temas del día, opiniones contrarias y pequeños conflictos de la redacción; y se iba con media frase en los labios sin que yo haya dicho más de una palabra de admiración o incredulidad.

Pero las cosas empezaron a cambiar el día que Alberto Otero me contó, completo, un episodio de mi juventud que yo había perfectamente olvidado. Sorprendido, me puse de pie. ¿Cómo podía él saber que, en efecto, muchacho de dieciséis años, al comienzo de la guerra, yo había sido ayudante de tipógrafo en Madrid, y elegido secretario de mi planta en el sindicato de gráficos? Otero se levantó y me miró sonriendo. Tenía la sonrisa triste y los ojos acuosos, grandes. Creo que por primera vez lo miré directamente. Su extrema delgadez se mostraba curiosamente en su vieja cabeza: la piel pegada al cráneo y el cabello rapado le daban un aire entre frailuno y subterráneo. Antes que yo atinara a preguntarle, respondió:

—No te acuerdas de mí. Tú fuiste el delegado más joven, pero yo era el ayudante más muchacho, un niño casi.

—Había olvidado todo eso —repliqué, incrédulo.

—Yo no —dijo, triunfal.

Volví a mi trabajo, de mal humor, incomodado por ese desconocido que, de pronto, se arrogaba el papel de testigo de mi lejanísima juventud. Tal vez pretendía ser un juez. O, peor aún, tal vez escribía sus propias memorias para competir con el desenterramiento general de un pasado hecho de una humanidad excesiva como para exhibirla en toda su miseria. Tantas palabras podrían convertirla en sobremesa, tanto entusiasmo podría hacernos creer que todo ha sido explicado. Odié a ese hablador cuyos ojos afiebrados me molestaban por la determinación que exhibía como prueba de su verdad. El olvido nos protegía, saturaba las heridas, nos dejaba en paz... Pero sobre todo odié esta indulgencia madrileña, incapaz de ahorrarte el exceso de otra confesión.

Sin duda, este pobre hombre solo buscaba arrogarse la importancia de saber algo de uno, para afirmar su imposición sobre mi tiempo, y tal vez para ganar mi confianza o mi amistad. Lo desprecié con todas mis fuerzas, que no son pocas.

Al día siguiente, comía yo mi menú diario en la fonda de la esquina cuando la pálida figura de Otero avanzó hacia mí. La televisión estaba encendida, como todos los días a la hora de comer, y el ruido de los comensales era, encima, infernal. Yo me sentía protegido por esa vulgaridad. Me gustaba ver a las muchachas de pantalones de cuero negro escupir las pepas de las aceitunas de sus tapas mientras bebían en la barra una chata. Me gustaba la cháchara deportiva de la televisión, que adormecía el pensamiento y vaciaba los rostros, dejando unas

máscaras abultadas de sinsentido. Yo comía solo entre los vencedores. ¿Qué quería Otero, buscándome allí?

—Tu novia, entonces, se llamaba Lina —dijo, con su sonrisa inocente y sus ojos apasionados.

La sangre se me subió a la cabeza. Cogí lentamente el vaso, lo aferré y di con él un golpe seco sobre la mesa.

—Murió en uno de los primeros asaltos a la Ciudad Universitaria —siguió él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me asustó este hombre profundamente devastado, que me miraba como si se mirase en un espejo. Me llevé una mano a los ojos, incrédulo.

—¿Quieres que te lo cuente todo? Me acuerdo hasta de la pensión donde vivías. Y todavía sé los nombres de cada uno de los tipógrafos.

—Pero tú quién eres —desesperé—, ¿cómo es posible que lo sepas?

—Yo estaba allí —replicó, casi divertido—. La verdad es que no sé cómo puedo recordar tanto. Pero ahora que sé quién eres, lo recordaré todo. Si vamos a la casa de tus padres y recorremos tu calle, seguramente podré recordar otras cosas.

Su exaltación me resultó algo canina, tenía esa ansiedad por complacer, esa atención emotiva.

—No tiene sentido, para qué —protesté—. Te aseguro que no quiero recordar nada.

Me miró asombrado.

—Es todo lo que tenemos —dijo, y se marchó, taciturno.

Yo había advertido que cada vez que Otero me daba la lata los otros periodistas cruzaban miradas de entendimiento. Decidí hablar con la secretaria del jefe de redacción, que era una muchacha vivaz y amable.

No era fácil, para mí, preguntarle por Otero, pero ella adivinó mi trabajo, y habló:

—No se preocupe por don Alberto, es inofensivo.

—No sé qué hacer —le dije, incómodo—. No quiero ofenderle, claro. Pero...

El jefe de redacción debió escuchar la conversación porque salió de su despacho.

—Veo que le tocó el turno —me dijo—. Sígame la cuerda, se le pasará.

—Pero, realmente él sabe mejor que yo cosas del pasado —dije, como si me quejara.

Para mi bochorno, los otros rieron.

—No lo dudo —dijo el jefe de redacción—. Conoce la vida y milagros de medio mundo. Al menos, de la gente que peleó en la defensa de Madrid. Cuan-

do vimos que él se dedicaba a usted con tanta atención, dedujimos que usted había sido de esos defensores. Buena cosa, hombre.

—Ni tanto, qué va —repliqué, ya arrepentido de haber preguntado—. Yo creí entender que se dedicaba a los nuevos redactores.

—Solo a los nuevos viejos —aclaró él, riendo abruptamente—. Usted se ha dado cuenta —añadió, en voz baja— que el pobre Otero está loco de remate.

No entendí nada.

—Es pacífico —aclaró la mujer.

—Es una locura muy nuestra —ironizó el periodista—. Recordarlo todo le ha hecho perder la razón. Era muy muchacho y la guerra le marcó con más fuerza que a otros. Debe haber sido un muchacho muy listo, de esos que andan de una a otra parte, porque conoció gente distinta. El hecho es que se propuso recordar a cada uno.

—Pero habrá una explicación —protesté—, debe haber leído todas esas memorias y libros de efemérides...

—He ahí lo original de su locura —siguió el otro—, solo recuerda a los soldados anónimos. No a los jefes ni a los intelectuales, solo a los, cómo decirlo, grandes desconocidos. Dígame, ¿acertó con usted?

—Para nada —protesté.

En ese momento no se me ocurrió hacerle al jefe de redacción la pregunta más obvia: si Alberto Otero es un loco, como él sostiene, qué hace de periodista en el diario más representativo de esta hora de España.

Cuando volví a mi cubículo, Otero estaba sentado en mi silla y escribía en mi máquina. No me vio, de modo que retrocedí en silencio, y salí al café.

No había terminado mi café cortado cuando vi su magra figura buscándome entre las mesas.

—Te esperaba —dijo, a modo de estrambótico saludo, pues en todo caso el que esperaba era yo—. He decidido escribir tu vida, todo lo que recuerdo de esos años sobre ti, tu novia y tus amigos. A tus padres solo los vi una vez, un domingo en el Rastro, pero no sé sus nombres...

Habló precipitadamente, casi con violencia, sobre mí. Vi que en su boca se acumulaba la saliva y que las palabras le resultaban trabajosas, quizá dolorosas. Esa intimidad me conmovió. Le pedí que se sentara.

—Quiero hablarte con toda sinceridad —le dije—. Creo que tú eres una de las pocas personas realmente humanas que he encontrado aquí al volver, y debo decirte lo que pienso para no sentir que te miento. La verdad es que no quiero recordar nada de mi juventud. No viví en Madrid sino dos años, justamente los dos primeros de la guerra, y fui feliz y desdichado, como parece que sabes bien. Y no hay nada que quiera saber sobre esos años que ya no lo sepa. Prefiero olvi-

darlo todo. Es el único modo de protegerlo de los discursos, las nuevas mentiras, la memoria a medias, la complacencia...

Yo hablaba atropelladamente y alzando la voz, como los otros, y al advertirlo me callé. Otero me miraba con sus ojos ardientes.

—Pero si no quieres recordar es porque estás loco —dijo, con alarma—. Ellos te han comido el cerebro. Tú eras fuerte, el más fuerte.

—No, no me entiendes —grité—. Si ellos supieran de mi vida, o de tu vida, se apoderarían de nosotros, creerían conocernos, saberlo todo, y nos harían homenajes para sentirse la realización de nuestro pobre tiempo. Hasta nos pagarían un sueldo por sobrevivirnos a nosotros mismos. Esa lápida es peor que el olvido, ¿no lo comprendes?

Me sorprendió hablar así, pues yo no creía en lo que decía. Pero al hablarle a un loco una verdad distinta era posible, lo que me permitía decir toda mi indiferencia. Si él estaba loco porque había sido capaz de recordarlo todo, yo sería la voz de su razón, por haberlo olvidado todo.

Me miró con una piedad lastimosa, desde el fondo de su memoria. Estaba iluminado por el fuego inútil de su sapiencia llena de los rostros vivos de los hombres muertos; y como si entendiera por fin la realidad que se le había escapado, dijo:

—No volverá el tiempo.

—Hemos sido derrotados para siempre, Alberto.

—Tendré que salir en su busca —murmuró—. ¿Vendrás conmigo?

De pronto, me pareció ver que sus ojos se serenaban y que una inteligencia imprevista se apoderaba de su cabeza quemada. Me sentí descubierto por esa mirada y temí que declararía todo como una broma cuya víctima crédula había sido yo.

—No tiene sentido que sigas de economista aficionado —dijo, fríamente—. No habrá otro 1929, tus esperanzas son vanas.

Era hora de marcharse. Se lo dije.

—Sí —dijo, de pronto urgido por su alucinación—. Es la hora de ir al país originario. Tú y yo, empezaremos todo de nuevo, desde el comienzo. Sé cada uno de los nombres de los que todavía, como nosotros, están vivos. Nos esperan.

Después me explicaron que Alberto Otero había empezado a frecuentar la redacción como posible colaborador, uno de los tantos atraídos por la necesidad de afirmar en el discurso la transición democrática. Su magra figura, su edad, sus convicciones republicanas, lo hicieron pronto parte de la población itinerante, algo pintoresca, que puebla los pasillos de los diarios en español, en este y el otro lado del Atlántico. Son como personajes desterrados de alguna tertulia. Yo mismo, en los años 40, había sido aprendiz de redactor en La Habana, en

México, en Lima, entre políticos de ideas fijas y novelistas en espera de fortuna; y había aprendido a escribir lo menos posible sobre una actualidad cambiante, disputada por toda clase de autoridades y versiones. Un día, me dicen, a Otero le publicaron un artículo para aliviarse de su insistente colaboración inédita; y ese mismo día él decidió que debía quedarse para siempre en la redacción del diario. Era el primero en llegar y el último en irse, y tomaba, por eso, recados de unos para otros, tanto periodísticos como domésticos. Se discutió su caso en la jefatura de edición y, tratándose de una persona mentalmente perturbada pero pacífica, optaron por dejarlo en paz. Le asignaron un rincón, una máquina de escribir, y él se entregó a redactar a lo largo del día y durante todos los días sus crónicas de análisis filosófico-político; largas digresiones, me cuentan, sin pies ni cabeza, en las que proclamaba seguramente excitado por sus recuerdos del día anterior, su fe en la patria reunida, hecha de una historia que, según él, no había cumplido aún su promesa de encarnación, de renacimiento. Pronto la pobreza extrema de Otero se hizo evidente, y el diario tuvo que asignarle un sueldo, modesto pero suficiente para sus necesidades básicas. Tenerlo en planilla exigía publicarle algo de vez en cuando; una vez al mes, en efecto, un revisado artículo suyo bajo el rubro neutral de «Utopías», proclamaba la suma de los tiempos españoles. Protegido por las secretarías, tolerado por los novicios que eran advertidos de sus pretensiones nemóticas, desoído en sus explicaciones sobre el arte colectivo de la memoria que ocupaba, según él, sus esfuerzos, pronto fue aceptado entre los periodistas como «El Loco del País».

—Cada periódico tiene su loco *in residente* —me dijo el jefe de redacción, fumándose el gran puro de la digestión—, y algunos hasta tienen más de uno. El nuestro no es el más coherente, a decir verdad, pero eso lo hace más inocente, ¿no cree usted? Los otros tienen unos locos sistemáticos, que incluso de pronto son citados por los gobernantes como fuente de reflexión ilustrada. El nuestro, en cambio, es perfectamente ilegible.

Me molestó su risotada. Sin duda se consideraba importante y agresivo, un hombre de estos tiempos definidos por el mercado, la mutua irrelevancia y los intelectuales más caros.

—Me alegra que usted se haya hecho su amigo —siguió el prominente—. Quiero que sepa que todo esto lo hemos tolerado por humanidad.

En mi cubículo me esperaba el loco, encendido por una luz magnífica, escribiendo en mi máquina, como si le fuera en ello la delicada vida que lo habitaba.

—Si valiera la pena recordar, recordaría —le dije, sentándome a su lado, hablando al vacío, mientras él asentía sin dejar de escribir—. Pero, ¿qué podría hacer en este mundo con mi juventud herida, irreparable, y sin lugar entre los vencedores de siempre?

—Este es el primer capítulo de tu biografía —me dijo, señalando la página escrita, sonriente—. Tu vida será mi primera batalla ganada. Recuperaremos el tiempo perdido vida por vida, palabra por palabra, hasta construir la casa que nos quitaron.

—Demasiado tarde —respondí—. Ellos son los dueños del mundo, y tú y yo nos hemos perdido en el camino de vuelta, y ya no tenemos un precio para la historia. Debemos borrar nuestras vidas para que sean intactas. Escribirlas sería sangrarlas, envolverlas en papel de regalo, darles la tumba de una vitrina entre las novedades del día, esa basura.

—No lo tomes así —dijo él, consolándome—. Tu vida es todo lo que tenemos y hemos perdido. Debemos ir a buscarla en las ruinas del país verdadero.

Me asomé a la página que había escrito y leí la primera línea: de los que hemos vuelto a España, yo soy de los que han vuelto a pie.

Pobre amigo, pensé, mirándolo sin esperanzas. Queriendo escribir mi vida ha empezado a escribir la suya. Yo nunca salí de este país. Es él quien regresó, no hace mucho, llevando entre las manos la poca letra que le dejó el olvido.

(De *La mesa del padre*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994)

LUIS FERNANDO VIDAL

Luis Fernando Vidal Mendoza nació en Lima en 1943. Realizó estudios en el Programa de Literatura en la Universidad Católica durante el año 1977. Murió en 1995.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

El tiempo no es, precisamente, una botella de champán. Cuentos. Lima: Editorial Ames, 1977.

Sahumerio. Cuentos. Lima: Lluvia Editores, 1981.